

**A**unque su condición pueblerina le delataba a cada paso, Eulogio Artiles tenía asumido su estado campesino y era indiferente a las suspicacias de sus paisanos. Su caminar forzado de experto montañero, embrutecido por las empinadas lomas y las veredas más tortuosas, le daba pie a ejercer de librero ambulante por las aldeas más remotas de la isla. Se aplicaba en su laboriosa tarea con diligencia y sin desfallecer ante los obstáculos. Eulogio Artiles rastreaba hasta los arrabales más recónditos, pues estaba comprometido con sus congéneres, y se había prometido llevarles toda la sapiencia del mundo conocido hasta entonces. En su agenda, forrada con piel de cabra, anotaba los susceptibles receptores de tanta sabiduría, y se trasladaba de un cerro a otro siguiendo una lista interminable de pastores de ganado, labradores, lindas aparceras, y algún que otro prófugo convertido, en contra de su voluntad, en furtivo ermitaño. En sus catálogos, que cuidaba con esmero, figuraban cuentos de hadas, enciclopedias ilustradas, novelas fantásticas y diccionarios de idiomas recién inventados. Todo valía con tal de instruir a sus congéneres, y no regateaba esfuerzo alguno. Amante de su tierra, argumentaba sin reparos que un pueblo culto siempre podría afrontar sus designios con más desenvoltura y acierto que un pueblo cegado por la

ignorancia. Eulogio Artiles pretendía adelantarse al imperio del capital foráneo, y a la codicia de los miserables especuladores, que sin escrúpulos y adornados con ínfulas exóticas atosigaban a los pobres campesinos con cuentos chinos, para disfrazar sus verdaderas pretensiones. Se empeñó con ahínco pero sin exagerar, ya que los abusos inflados en demasía, podrían acabar estallándole en la cara. Trabajaba ocho horas reglamentarias al día, como un simple jornalero más.

Jamás en la historia, la cultura fue tan desagradecida. Con su escaso salario, no conseguía mantener a flote una familia numerosa. Apremiado por su exigente y fiel esposa, averiguó, basándose en consultas esporádicas a sus leales colegas, a escritores de moda y reconocido prestigio, a librereros avezados en tareas singulares, siniestras y de alto riesgo, a gente relevante del ramo en suma, la forma de mejorar el negocio; y decidió saltar el charco situado frente a su casa, para promover la lengua castellana por tierras lejanas, que le eran ajenas. Se desplazaba periódicamente al continente africano, donde, y desde los tiempos coloniales, parecía serle más ventajoso. Fue pionero en el gremio en arriesgarse a tan atrevida, y desavenida empresa. Como la dificultad de encontrar alojamiento era notoria, solía pernoctar en la celda para convictos de un regimiento de infantería, que velaba el paso de una frontera invisible, y ocasionalmente, dormía a cielo raso acompañando algún destacamento perdido en la inmensidad del

desierto. Cansado de andar entre bárbaros ataviados con túnicas extrañas, y harto de comer lagartos asados, no volvió más. Ya estaba bien de tragar polvo y arena en las inoportunas tormentas de viento del hostil desierto, y de vigiliass absurdas aplastando mosquitos en las ciénagas pantanosas del África tropical. Había pagado con creces su deuda con la lengua de Cervantes. Tantos estragos, sin embargo, no le cambiaron el carácter, y siguió perseverando en su intento de prosperar para satisfacer a los suyos.

Una tarde de verano, con la agenda bajo el brazo, se encontró por casualidad con un antiguo compañero, con el que había compartido el pupitre del instituto en sus años mozos. Este ilustre personaje, de nombre Narciso Tacaño, había hecho fortuna con prácticas usureras e infames, poseía un patrimonio desmedido para su corta edad, y mostraba una avaricia blindada a prueba de caridad hacia sus conciudadanos. Huraño y de apariencia lúgubre, se dedicaba a amasar dinero sin tregua ni atisbo de generosidad hacia su comunidad. El inaudito encuentro, precedido de los saludos de rigor, no tenía síntomas de buen augurio, pues la displicencia que Narciso Tacaño demostraba con sus paisanos era devastadora, y sin embargo, la magnanimidad de Eulogio Artilles envolvía la conversación de un aura de nostalgia y simpatía desbordada. Narciso Tacaño le reprochó su falta de amor propio, y le aconsejó la manera de remediar sus problemas económicos, preguntándole:

–Cuántas horas dedicas al negocio de los libros.

Eulogio Artiles le respondió:

–Cinco horas por la mañana y tres horas por la tarde.

Narciso Tacaño contundente le replicó:

–Eso es vagancia, tienes que trabajar por lo menos de once a doce horas diarias.

Eulogio Artiles mudó el semblante, atónito, no contestó a la réplica de su antiguo compañero, y dedujo que seguir tratando el tema era como enfrentarse a un muro pétreo y de consistencia inquebrantable.

«–¡Oh! Si persisto hasta el primer resplandor del alba, seguro que vendo algún libro más.»

Se dijo, para no amilanarse ante la sugerencia de Narciso Tacaño, y cambiar de tercio. Pensaría que la división de opiniones aflora hasta en una sopa de ajo, cuando los comensales son de distinta calaña. La fructífera charla acabó con las clásicas evocaciones a sus tiempos mozos, e impregnados por la añoranza a esa juventud perdida, se despidieron con un fuerte apretón de mano.

La feroz competencia en el gremio, y la cigüeña avisándole la proximidad del nacimiento de otra estrella en su universo familiar, le obligaron a reconsiderar su postura. Tuvo que desprenderse de sus convicciones más arraigadas. Apenas podía

creerse su situación, resulta que toda una vida orientando a los demás acerca de los peligros de la ignorancia, y él era el más negligente. Tanto enseñar para prevenir, y prevenir para no reventar, que sólo Eulogio Artiles cayó en la trampa de embarcarse con una familia desmesurada, en unos tiempos modernos que dejaban mucho que desear. Así que, se despidió de sus utópicas ideas sin guardarles rencor, y se puso mano a la obra; bajó del limbo donde nunca deseó haber estado, y se puso a vender libros en firme y sin sosiego. ¿Quién iba a suponer que el bondadoso Eulogio Artiles, vencido por las circunstancias y embestidas de la vida, trasnocharía para subsistir, vendiendo cualquier clase de libro a todo fantasma viviente?

Emigró hacia la capital de la isla, donde se albergó temporalmente en una fonda de aspecto cutre, para no desentonar con su origen pueblerino. En la hermosa villa, el mundo de la noche le era desconocido, así que estudió la lengua de la capital, con sus respectivos modismos y dialectos, para disimular su tosco acento. Al cabo de una semana, con su retórica mejorada, estaba tan adaptado y familiarizado con el entorno, que no percibió la mutación de su andadura, caminaba como un pato en la llanura.

Eulogio Artiles planeó la estrategia a seguir sin precipitarse, llegó a la conclusión que los casinos y salas de juego, eran los mejores objetivos para los

amantes de la medianoche. Si en esos antros se dilapidaban fortunas en un santiamén, no le sería engorroso vender la novela de Fedor Dostojevski titulada «El jugador», cuya traducción no reviste una calidad literaria extraordinaria, pero el argumento es sin embargo ejemplar. Eulogio Artilles eligió el casino «La ruina en verso» para estrenarse. La ostentosa clientela que frecuentaba ese lujoso antro de perversión, era de dudosa alcurnia pero respetada, así que le costó suculentas propinas para convencer a los innumerables porteros y jefes de rango que le dejaran acceder al recinto sagrado, donde la ruleta, escoltada por dos manteles de fieltro verde atiborrados de fichas irregulares, hechizaba a los jugadores. ¡Hagan sus apuestas señores! ¡No va más! Y el repicar de la bola imponía su ley implacable, hasta que los gritos de los clientes, asombrados por el desenlace, estallaban en un manantial de ruidos ensordecedores. El cero, la banca gana. El croupier, con destreza y anticipándose a algunos jugadores arrepentidos, retiraba todas las fichas, dejando las mesas limpias de polvo y paja. Desplumados, los clientes se retiraban ensimismados y cabizbajos, pero anhelando regresar para desquitarse.

En ese ambiente tan tenso, a Eulogio Artilles le costaba una labor infausta entablar comunicación para ofertar sus libros de aventuras, era un incorpido y se sentía rechazado por los impetuosos clientes, así que se puso a vagar por las salas, fascinado por todo lo que rodeaba el templo de la suerte.

Alucinado por el mágico entorno, estuvo al filo de probar fortuna, palpó el riesgo pero no le sedujo, y aunque seguía ejerciendo sobre él una poderosa atracción, aprendió a controlar sus emociones y sus impulsos, no le quedaba otra alternativa, y no estaba dispuesto a gastar sus ahorros en semejante pamplinada.

En una ocasión, una señora emperifollada que presumía de un linaje tan ancestral, que las brújulas más experimentadas perdían el rumbo para localizarlo, se propuso adquirirle una enciclopedia ilustrada de incontables tomos o volúmenes, y para lo cual, disponía de un salón en su hacienda, enclavada en algún ducado ubicado allende los mares. Eulogio Artilles había observado cómo esta señora perdía una suma importante de dinero, y empeñaba sus sortijas de oro y piedras preciosas, junto con una diadema de brillantes, para volver a jugar. Desconfiado ante esa actitud incongruente, le prestó la atención precisa para no ser descortés, pero resistió de atender su petición, pues tendría que recorrer más de mil y una millas para cobrarle la ilustrada enciclopedia.

Un jueves de piñata, en el que un tropel de gente disfrazada animaba el casino, porque se celebraba el carnaval en la villa, consiguió colocar una serie de los episodios nacionales a una inglesa despistada y alegre, a quien le sonaba la palabra Trafalgar. Eulogio Artilles usó tantas artimañas innovadoras en su empeño, que los caciques y jerifes del casino

intentaron contratarle. A pesar de los pesares y sintiéndolo, rechazó la oferta. No estaba dispuesto a que una chusma inculta y de mal agüero le sobornara, pues tenía obligación contraída con la literatura hasta sus últimas consecuencias. Antes del cierre, el gerente del casino al despedirse solía preguntarle:

–¿Cómo va el negocio de los libros?

Eulogio Artiles orgulloso contestaba:

–El negocio va viento en popa.

Cada vez que realizaba una venta fortuita, insertaba entre las páginas de los libros, folletos y propaganda para combatir la ludopatía, pues durante el tiempo que pasaba entre los jugadores empedernidos, escuchaba relatos inverosímiles y desastrosos de familias destrozadas por culpa del juego, y les compadecía. Su corazón se le ablandó de tal manera, que hasta de su menudo beneficio ayudaba a los más descarriados y desvalidos. Con esa perspectiva, las oportunidades de prosperar menguaban a pasos agigantados, y para colmo de males, una noche infeliz, uno de esos folletos acabó en las manos del director del casino, que tajante ordenó ponerle de patitas en la calle.

–Echar a ese granuja de librero, –le dijo al gerente.

–Romperle los hocicos a ese literato de pacotillas, –dijo el gerente al jefe de rango.

–Matar a ese cuenta cuentos de mierda, –dijo el jefe de rango al portero.

Perro ladrador es poco mordedor, y hay que tener buenos amigos hasta en el infierno, pensaba Eulogio Artilés cuando llegó el rumor de la traición a un croupier amigo suyo, que se encargó de avisarle y prevenirle de las funestas intenciones del portero. Eulogio Artilés no tenía intención de luchar contra tanto empecinamiento. No recuerdo si huyó o se retiró, lo cierto es que no le supo a victoria, pues la faena le causó un daño moral inefable. Sofocado aún por la impresión del incidente, salió por la puerta trasera del edificio que daba al paseo marítimo de la villa. Desde el paseo adornado con palmeras, contempló los dispersos borreguillos formados por las olas, y cuyas crestas empezaban a romper por la débil brisa marina. El roce con la intemperie le tranquilizó, y para liberarse del agobio que sin cesar le oprimía los sesos, se echó a caminar. No entendía porqué le habían traicionado, y maldijo al ruin alcahuete que fue con el soplo de los folletos de propaganda, a lucirse ante el director del antro. «Será un chorizo vulgar que pretendía hacer méritos ante la cúpula administrativa del artificioso negocio», pensó. Mientras caminaba, observaba cómo las víctimas del casino, engañadas y aturcidas aún; sentadas sobre los bancos del paseo, y con el amargo sabor a hiel que de sus entrañas rezumaba por los poros de la piel, se tiraban de los pelos, y vomitaban improperios a diestro y siniestro. Oía todos los lastimosos llantos en la oscuridad de la noche,

le parecía una jerga disparatada e incomprensible, y lamentó no poder ya ayudarles ni atender sus quejas, pues su suerte también había tomado un rumbo extraviado. «Ni son pescadores ni el río está revuelto, pero las ganancias siempre terminan en manos de los más miserables», pensó.

Sus aventuras nocturnas no terminaban ahí, y según el plan que minuciosamente había trazado, aún le quedaba el barrio chino. Eulogio Artilles había supuesto que, después del casino, el vecindario estuviese en su apogeo, y cómo no, acertó. Por sus calles repletas de llamativas mujeres de virtud distraída, y por las que transitaban curiosos sonámbulos envalentonados por los tragos de ron de caña, reinaba una atmósfera de lujuria inevitable. A Eulogio Artilles le parecía más bien, que los hombres eran amantes reprimidos, y que a cambio de una abultada cantidad de plata, obtenían los favores sentimentales racionados, por parte de unas mujeres impasibles. El meollo del carnal asunto se ubicaba entre las calles «Molino de viento» y «Pozo seco», y como todo escarapate circense, embrujaba al hombre más pudoroso y al más temerario. Con el corazón encogido, a Eulogio Artilles le costaba inconfesables esfuerzos resistirse a la tentación de admirar esas alegres mozas, que rebosaban de vida con sus senos firmes asomando por los escotados vestidos, y que le dirigían miradas desvergonzadas e insinuantes.

Sus primeras incursiones por el barrio fueron arduas y azarosas, porque las chicas eran reacias a

creerse que sólo deseaba venderles novelas románticas, pero al cabo de un cierto tiempo insistiendo, y al verle rondando por la zona, se decían entre ellas:

—Ahí viene otra vez el palurdo de los cuentos.

Las más cariñosas le invitaban a entrar en los indecorosos antros, le escuchaban expectantes, y hasta le proponían pagarle los libros con una porción de amor frívolo. Otras, más exigentes, le pedían una determinada novela dramática de un autor que fuese famoso y desconocido a la vez. Entre las más provocativas, que vestían faldas cortas de muselina estampada con los colores del arco iris, era objeto de burlas graciosas y livianas. Eulogio Artilles evitaba, siempre que le fuera posible, oír los relatos descorazonados y desconcertantes de sus vidas, porque se emocionaba hasta perder el tino, entraba en un trance febril, y tomaba notas de las historias prometiéndoles mandarlas a los editores importantes de la época. Según contaba, estaba muy bien relacionado, y sus castillos de arena soportaban los terremotos más terroríficos.

—Cada persona es un mundo, y de un mundo nacen infinitas estrellas, —les decía, para consolarlas de sus aflicciones y levantarles el ánimo.

Llegó a ser tan familiar y querido, que los chulos y truhanes del barrio aprendieron a tocar sin desafinar, trompeta, saxofón, y sacabuche (trombón de vara); formaron una banda pachanguera

para avisar de su llegada, y deleitar a las putitas con melodías y ritmos tropicales. A veces, estas celebraciones inusitadas se prolongaban hasta el amanecer, venía gente de otros barrios contagiada por el cordial ambiente que se respiraba, borrando así la abrumadora mala fama de sus calles, y convirtiéndolas en una sana verbena pueblerina. Durante estas veladas improvisadas, Eulogio Artilles aprovechaba para vender sus cuentos fantásticos y novelas históricas. Encantados, los transeúntes le felicitaban por la transformación del barrio, habituados a otros tiempos no lejanos, les parecía un cuento de hada hecho realidad. La suerte parecía sonreírle. Evocaba con entusiasmo los tiempos de una república olvidada por culpa de un grotesco malabarista de tres al cuarto, y donde las mujeres de la vida tenían su cartilla sanitaria, evitando así, las prolíferas y virulentas enfermedades venéreas.

Se había ganado el respeto de todos. Las muchachas más jóvenes recién llegadas de ultramar, le pedían manuales de oficios variados y libros de manualidades para sus escasos ratos de ocio, pues heridas en su amor propio, pretendían elevar sus cuotas de dignidad a niveles aceptables. Las profesiones más reclamadas eran las de modista, peluquera y ceramista. Las más intrépidas, que anhelaban casarse con algún jeque portentoso, le encargaban diccionarios de lengua árabe y manuales de cocina oriental. Eulogio Artilles les surtió de tantos y tan provechosos libros, que el barrio fue quedándose medio vacío. Tantas chicas emigraron a mejor

vida, que los ediles del ayuntamiento decidieron en asamblea, restringir el alumbrado público. Los días pares del mes en curso, la mitad de las farolas iluminaba las calles más concurridas, alternándose, una sí otra no, la otra mitad imitaba ese proceder, los días impares.

Las dueñas de los burdeles se inquietaban por la marcha de sus negocios, que mermaban hasta límites intolerables. Alarmadas empezaron a amenazarle con insultos y calumnias perversas, requirieron la presencia de un turco de origen, llamado Abdul, que ejercía de chulo por encargo, y tenía la dentadura de un camello. Presumía de un alfanje heredado de sus antepasados nómadas, y de una crueldad desenfrenada. Eulogio Artiles sabía de la sevicia con la que trataba a las muchachas para someterlas a sus antojos, y no estaba dispuesto a que siguiera con su actitud de déspota. En una ocasión, Abdul intentó asestarle un golpe mortal con el sable familiar, Eulogio Artiles lo esquivó de tal forma que Abdul dio de bruces en el suelo, cortándose dos dedos del pie izquierdo. Los chillidos de dolor que vociferaba eran tan estridentes, que alertaron el servicio de urgencia de un hospital cercano. Los camilleros de la ambulancia lo entubaron con sueros medicinales hasta la coronilla, y se lo llevaron de mala gana y refunfunando, entre la horda excéntrica de comadres exacerbadas por el disparate. No sé que tipo de influencia tendría, ni cómo conseguiría su libertad (bajo fianza será), pues estaba tan indocumentado, que ya lo habían repatriado una docena de veces, y

siempre a un país diferente. Arrogante y sañudo, exhibía en una sien dos cicatrices que eran las marcas de su tribu, estigmas de un pasado sanginario como únicas señas de identidad. Al cabo de pocos días, reapareció cojeando por el barrio chino, maldiciendo a todo rostro pálido que se cruzara con él. Estaba envenenado de rabia.

A partir de entonces, Eulogio Artiles comenzó a eludir la presencia de Abdul con cualquier pretexto, pues sabía que Abdul intentaría por todos los medios vengarse del escarnio, y no podría llevar a buen término su actividad. Eulogio Artiles era un hombre hecho para la cultura y no para la guerra, seguir enfrentándose a Abdul era anunciar su derrota, y encaminar su destino a una muerte segura.

De vez en cuando, regresaba a hurtadillas por el barrio, disfrazado de beduino para pasar desapercibido. De incógnito, saludaba a las muchachas que le colmaban de besos, agradecidas por la tutela intelectual, que sin ánimo de lucro realizaba. Ellas sabían que se estaba despidiendo, y que no volvería más por allí. Las dejaba inmersas en un desamparo fastidioso. Llorarían su partida durante siete días y siete noches sin parar, como si fuera el velatorio de un prócer. Una muchacha colombiana de Barranquilla, le regaló unas baratijas que consideraba un amuleto contra todo tipo de sortilegios, y que le protegería contra las malvadas intenciones de Abdul, apodado el negro.

–De todos modos no pienso reñir con el negro, –le dijo a la muchacha.

—Entonces quédatelo como recuerdo mío, —le respondió la muchacha.

Apreció el insignificante detalle, se alejó saludando con la mano a la muchedumbre desenfadada, y se marchó para siempre del barrio. Sonaron clarines elaborados con los más nobles metales, para celebrar su patético adiós, y en los anales de la historia, figurarán impresas las peripecias de Eulogio Artiles, para laurear al más audaz y valiente librero que ha pasado por las calles de Molino de Viento y Pozo Seco.

Sus expediciones nocturnas por las arenas movezizas de la ciudad, plagada de señuelos imprevistos, no dejaban de sorprenderle. Tenía que sortear los intrigantes vampiros, que despertándose a media noche, perseguían a cualquier ser solitario y con el alma en pena, para chupar del caudal de sangre que regaba sus entrañas. Eran mitad mujer y mitad hombre, y armados de una tenacidad inagotable, deambulaban como andróginos taciturnos por las avenidas de la villa, inundando sus arterias de una sofisticada corrupción. Atravesaba plazas bañadas por un haz de luz de luna marchita, donde raros energúmenos con las mejillas flácidas y ademanes torpes, agolpados en torno a un punto de encuentro, se repartían unas cuantas dosis de felicidad pasajera. Vislumbraba cómo cambiaban el semblante y se contagiaban de un efímero entusiasmo. Al cabo de unas horas, seguían siendo los mismos carcamales, que quizá, nunca desearon ser.

Eulogio Artiles, en sus inicios, les donó un Biblia para ayudarles a purgar sus culpas y recuperarles ante un futuro, que aunque incierto, podría llegar a ser más saludable para todos. Algunos mostraban indicios de mejoría y superación, otros sin embargo, seguían envueltos en la espiral del vicio, sin atisbo de restablecimiento. De todos modos, él solo era librero, no poseía ninguna varita mágica, y sus conocimientos del confuso asunto eran muy superfluos. El secreto de todos los males está en los libros, pero hay que leerlos. «Es a través de la lectura piadosa y serena de los textos que podrán relegar sus pasiones, y discernir con clarividencia su porvenir», pensaba.

Acostumbraba, al cabo de la ajetreada sesión nocturna del barrio chino, alrededor de las tres de la madrugada, reunirse con sus entrañables colegas en una cafetería del centro de la ciudad, para contarles sus andanzas. Al término de la narración, sus amigos se tornaban perplejos, y se negaban a creer sus historietas. Con una ironía insultante, algunos se mofaban sin piedad:

–Te nombrarán príncipe ilustrado de las tinieblas, –le dijo un librero pendenciero con el que porfiaba a menudo.

–Serás el rey de las elucubraciones, pero no me creo una sola palabra de tus cuentos, –le dijo otro inepto librero, para incitarle.

–Me conformo con que me llamen, el librero noctámbulo, –les replicó con la modestia y humildad que le caracterizaba.

Ya de regreso hacia la fonda, visitaba los dependientes de los surtidores de combustible que estaban de guardia, y eran sus más leales clientes nocturnos. Irritados por las ingratas y frecuentes vigili-  
as, eran capaces de leer repetidamente copiosos volúmenes de historia medieval, con tal de que el tiempo pasara aparentemente más deprisa, y encubrir así la desesperación que les originaba su propia inactividad. En una ocasión, que no olvidará en su vida, presenció el asalto a una estación de carburantes por parte de dos atracadores encapuchados, que con una violencia desmedida arrasaron el recinto, propinaron una severa paliza al empleado, y después de amordazarle para impedirle pedir auxilio, se llevaron el botín con una frialdad aterradora. Cuando Eulogio Artilles, después de agazaparse y ponerse a salvo, alcanzó a socorrer al empleado, desatándole; el pobre hombre tenía la cara amoratada por los golpes, preso de una angustia bochornosa, y dolido en su orgullo, le dijo:

–¡Carajo! Antaño, ni caballero andante ni parlante padecía estas calamidades; y, ni mesa redonda ni barra libre, acaba con estos malditos desalmados.

Estos sucesos y otros menos tremendos, comentaba Eulogio Artilles a los vigilantes de seguridad de una sociedad recreativa de prestigio, y que también eran clientes asiduos y regulares en los pedidos

nocturnos. Con una pavorosa indignación, se rebelaron en contra de este tipo de hechos, fueron tan inflexibles en sus cavilaciones, y expeditivos en sus conclusiones, que tantos los marginados como los salteadores de caminos tendrían que ocultarse en planetas no descubiertos hasta el día de la fecha, por si acaso. Los guardias de seguridad practicaban tantas artes marciales y tan a menudo, que la confianza en sí mismos no tenía límites tangibles por entonces. Eulogio Artilles les proveía de alguna revista deportiva o de ciencia-ficción, y sobre todo novelas policíacas. Eran engreídos, y se sentían inmune a ese tipo de afrentas. Bien pertrechados, se atrevían a disuadir al criminal más peligroso, hasta frustrar cualquier atropello que pretendiese acometer.

Después del asedio a la vida nocturna y maligna de la ciudad, Eulogio Artilles se relajaba admirando las complacientes parejas de enamorados, que cogidos de la mano, salían de las salas de baile de la villa. Besándose y acariciándose, reflejaban una felicidad estimulante que tonificaba su espíritu, y le curaba todas las heridas y malos tragos de la noche. «Estos jóvenes no precisan ningún tipo de ensayo literario», -pensaba- «están poseídos por la esencia más sublime de la vida, elixir maravilloso que ilumina al ciego, nutre al hambriento, al pobre enriquece, y al analfabeto instruye: El Amor».

Al despuntar el astro rey, y esfumarse la franja de colores tibios que la aurora aballa por el horizonte,

Eulogio Artiles se aprestaba casi siempre a dirigirse hacia las calles concurridas del mercado central de la ciudad, donde los verduleros más escandalosos, las fruteras más despabiladas, los más atolondrados carniceros, y las pescaderas más perspicaces hacían su avío. Sumergido en el tumulto de las gentes, adquiriría los alimentos para su sustento, y se recogía embriagado por el cansancio de la travesía, hasta la noche siguiente.

Defraudado por la obra de poca monta que había realizado, empezaba a sentir aversión por el estrechísimo despertar de la villa, añoraba la languidez de su pueblo natal, y se preguntaba el tiempo que todavía podría aguantar con el trajín de los libros, en una ciudad cada vez más deteriorada. Pensó seriamente rematar la faena o tirar por la borda todos sus esfuerzos, y retornar con los suyos para complacer la estrella de la mañana, que señala la puerta del cielo, refugio de pecadores.

Mayo 2.000.